



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO. UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO II.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CAYELAR, BÁRCIA, ORENSE, PÍ Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARRETI, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, FREU-NEGA, ALTADIL, ZAFATA, TRESENRA, BRYERNEZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, SASTRE, AÑEZ, VALDÉS, FLORES, LAFITENTE, MINGUET, SIENRA, COLL, FINEO, ALMIDALL, RUBAU, LOSTAD, CLAYE, RIFA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 2 DE MAYO DE 1872.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPANIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Tabernillas, núm. 8, Madrid.</p> <p>NÚM. 14.</p>
---	---	--

SUMARIO.

TEXTO.—Dos de Mayo, por E. Rodríguez Solís.—Fuerzas, privilegio, por Francisco Ruiz de la Peña.—Las quitutas, por Luis Hernandez y Herrero.—Honor y gloria á los mártires de la independencia española, y á los héroes del Callao, poesías por Bernardo Lopez García, Francisco Flores y García y Angel R. de Chaves.—Roma, por Manuel Romay.—Cuestiones científico-sociales, por J. Lopez Ocaña.—La can, tiera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Monumento del Dos de Mayo.—El grito de independencia.

DOS DE MAYO.

El amor de la patria principia en la familia.

BACON.

I.

Terrible y sangrienta hecatombe en que la noble nación española, más honrada y más digna que sus degradados príncipes, sus disolutas reinas y sus imbéciles favoritos; en que el generoso pueblo madrileño lanzó el sacrosanto grito de *Independencia*, escribiendo con la sangre de sus hijos y de los heroicos DAOZ, VELARDE y RUIZ, la horrorosa pero siempre memorable jornada del Dos de Mayo de 1808.

Después del motin de Aranjuez, en que la vida del odiado favorito Godoy se halló en gravísimo peligro, el

complaciente Carlos IV, para salvar al que *perdió su trono, deshonró su tálamo y vendió su patria*, le hizo encerrar en el castillo de Villaviciosa.

A la caída del favorito creyeron los españoles verse libres de los franceses que por engaño y traicion ocupaban nuestras mejores provincias; pero lejos de esto, el ejército de Murat, que se hallaba en Birgos, se adelanta sobre Madrid: Carlos IV retracta su abdicacion, que dice haber sido arrancada á la fuerza en medio de un motin, y se coloca ¡oh villipendio! bajo la proteccion de Napoleon, cuya llegada á Madrid se anuncia, haciendo que su hijo Fernando salga á recibirle á Bayona, á donde poco despues se dirige él mismo, seguido de su favorito Godoy, al que Murat habia puesto en libertad.

Reunidos en Bayona aquellos *honrados y patrióticos* príncipes, ceden á Napoleon un trono y unos derechos de que la nación tan solo, como su único y legitimo soberano, podia disponer, exhortando á los españoles para que obedezcan á su *nuevo amo*.

II.

España, más noble, más digna y más honrada que aquellos príncipes miserables, se apresta á la lucha, escribiendo con su generosa sangre el memorable Dos de Mayo de 1808.

No se intimidaron los madrileños por el número de enemigos contra quienes debían combatir (60.000 fran-

ceses), y corriendo denodados llegaron hasta el parque de artillería, en el que se hallaban los capitanes D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, quienes procuran en vano apaciguar los exaltados ánimos del pueblo, que, sordo a sus voces, penetra como un huracán en el parque, se apodera de las armas y sale a combatir al extranjero.

Una columna francesa dispara sobre el pueblo, y Daoiz y Velarde, que hasta entonces habían permanecido fieles a la *inútil* consigna que recibieran de sus cobardes jefes, arrastran los cañones y destrozan las columnas extranjeras.

El general francés Lagrange torna con un gran número de cañones, y desde la calle Ancha de San Bernardo los enfila contra el parque, cuyos débiles muros no pueden resistir apenas tan rúca acometida.

Velarde coloca a los paisanos en los balcones y ventanas de las casas contiguas, desde las cuales dirigen un mortífero fuego contra los franceses, hasta que *Daoiz*, herido en un muslo, apoyado en un cañón y con la espada en la mano, trata de ganar tiempo enarbolando un pañuelo blanco en señal de parlamento; llega Lagrange y se atreve a denostar con insultantes frases a aquel noble héroe, que en un arranque de fiero entusiasmo, exclama: *Si fuérais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.*

Cruzan ambos las espadas, cuando el miserable Lagrange, sintiéndose herido, gita a sus granaderos: *Socorred a vuestro general*, y cien sables y bayonetas se clavan en el heroico pecho de *Daoiz*.

Sin valla que les detenga, se lanzan los franceses sobre el parque, y el noble *Velarde*, que venía en socorro de *Daoiz*, recibe un pistoletazo que le atraviesa el corazón.

III.

Algunos paisanos, al ver que *Daoiz* no había muerto, le condujeron a su casa, calle de la Ternera, núm. 12, mientras otros envolvieron el cuerpo de *Velarde* en una tienda de campaña, y burlando la vigilancia de los franceses le trasladaron a la parroquia de San Martín.

Inútil es que recordemos a nuestros lectores el horrible bando de Murat, en que se imponía pena de la muerte a todo el que llevara un arma de cualquiera clase, y por más que fuera una herramienta de su oficio; ocioso nos parece recordar los inicuos asesinatos de los indefensos madrileños, llevados a cabo por el feroz extranjero; baste solo consignar que en la toma del parque perdieron los franceses 900 hombres, entre ellos un general y 60 oficiales, a manos de un puñado de hombres, de los cuales 193 pagaron con su vida en la refriega ó fusilados después, la gloria de defender su patria, su vida y su hogar.

IV.

Justo es recordar la historia de los héroes de aquel día memorable, y a pesar de que los datos no son tan completos como hubiéramos deseado, vamos a transcribir las noticias que hemos podido recoger acerca de aquellos mártires.

D. Luis Daoiz nació en Sevilla en 1767, y entró a servir de cadete en el colegio de artillería de Segovia en 1782: subteniente en 1787 y teniente en 1792, era ca-

pitan en 1800. Defensor de Ceuta y Orán en la guerra contra los franceses (1795), estuvo prisionero hasta que se firmó la paz. Se halló en el bloqueo de Cádiz y tomó parte en el glorioso ataque que con algunas lanchas se dió al navío inglés el *Poderoso*; y embarcado en el navío *San Ildefonso* hizo dos viajes redondos al continente é islas de América.

D. Pedro Velarde nació en 1779 en el Valle de Camargo (Santander). Entró de cadete en el mismo colegio en 1793, fué subteniente en 1799, teniente en 1802 y capitán en 1804: desempeñando desde 1799 á 1804 el cargo de profesor, del que pidió ser relevado por causa del mal estado de su vista.

Mucho sentimos no poder dar iguales noticias del malogrado oficial *Sr. Ruiz*, sobre de los héroes de aquel memorable día, pero su nombre es muy digno de figurar junto al de sus hermanos de armas.

En 1814 se exhumaron los restos de *Daoiz* y *Velarde*, siendo conducidos con gran pompa á San Isidro, declarando las Cortes que *el día Dos de Mayo será perpetuamente de riguroso luto*, y ordenando se levantara un monumento en el Prado en el sitio mismo en que fueron fusilados muchos de los héroes de aquel glorioso día. El ayuntamiento de Madrid (1822) invitó á los artistas á presentar modelos para su construcción, siendo elegido el del arquitecto D. Isidro Velazquez, terminándose la obra en 1840, en cuyo año fueron encerrados en él los gloriosos restos de aquellos inmortales héroes.

V.

La sangre del pueblo madrileño, y los horrores de aquel infausto cuanto glorioso día, lejos de producir el desaliento y el terror que Murat esperaba, encendieron el valor de todos los hijos de la altiva España.

Al memorable Dos de Mayo contestan las provincias todas poniéndose en armas, organizando Juntas, levantando ejércitos y arbitrando recursos. Asturias da la primera el grito de *independencia* y envía diputados á Londres, cuya presencia excita tal entusiasmo, que el gobierno, secundado por la opinion general, decreta socorrer á los españoles, llegando hasta permitir la movilización de sus Milicias.

Santander, Galicia, Valencia, Zaragoza, Barcelona y todas las provincias, en fin, se aprestan para la gigantesca lucha de recobrar su perdida libertad é independencia.

¿Qué hemos de decir nosotros de tan heroica lucha, de esta epopeya de gloria en que un pueblo indefenso, sumido en la más espantosa miseria, abatió al águila imperial, que en su desmedido orgullo amenazaba desgarrar á la espantada Europa con su sangriento pico y sus aceradas bayonetas?

Dígalo el heroísmo, la abnegación, el valor y el sufrimiento que encierran los inmortales nombres de Madrid, Zaragoza, Gerona, el Bruch, Talavera, Bailén, San Marcial y Albuera, y los nombres de los valerosos patrios Palafox, Alvarez, Castaños, la Romana, Cuesta, Lacy, Mina, el Empecinado, Manso, Durán y otros mil.

Las Cortes, reunidas en Cádiz, forman la democrática Constitución de 1812, disuelven la horrible Inquisición, decretan la abolición de los mayorazgos y señorios, y

del inícuo comercio de negros y la libertad personal; y al par que sus ejércitos combaten por la libertad de la patria, aquellos venerables patricios establecen la libertad política, al compás de las descargas que cruzaban el aire y de las bombas que caían sobre el edificio mismo de las Cortes, entre el fragor de la más horrible y sangrienta lucha que registra la historia.

La estrella de Napoleon comenzó á palidecer rápidamente. Después de su derrota en Leipzig y de la pérdida de Hannan, pasa el Rhin y se encuentra abandonado, no solo del rey de Wutemberg, sino de toda la Confederación.

España sostuvo contra él cinco gloriosísimas campañas, causándole horribles pérdidas, y nuestra tierra es el sepulcro de miles de franceses.

Segun Napoleon, su pérdida fué debida á atacar á España, y si creemos, como no podemos menos de creer, que el primer escalon de su ruina fué nuestra heroica patria, preciso es confesar que la primera página de ese libro sagrado que se llama *Independencia* la escribió el pueblo madrileño en el memorable Dos de Mayo de 1808.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

FUEROS, PRIVILEGIO.

Continúa el fuero de Leon.

En su art. 21 ordena la *ley del refugio*: ley piadosa que concede al siervo la estancia en la ciudad, y que se le concede de un modo tan humanitario, que al tal siervo, de no ser identificado en su persona, ni se le puede expulsar de la vecindad, ni adjudicársele á señor alguno que le reclamare.

Comparemos ese amparo tan justo y benéfico con las extradiciones que por delitos políticos, que por venganzas, parto de la odiosidad y engendro de la calumnia, tiene hoy acordadas el llamado *derecho de gentes*.

Se viola el sagrado del hogar; se deporta sin justificar el delito ni el delincuente; se hace valer la delación mentida que hacen hombres sicarios y géminos de la tribuna, de la prensa y del club; de ser hallados de nacion en nacion y conducidos en jaulas como fieras, hubieran venido á la presencia fiera y soberbia de jueces, instrumento de tiranos.

Esto hace el *siglo de la civilización y de las luces*, y lo hace con el hombre pensador, con el ciudadano libre: aquello lo hacia el *siglo de la rudeza* con el idiota y el siervo. ¿Y por qué? Porque estas luces, si han iluminado un poco el cerebro, han extraviado la conciencia y crudelizado las entrañas. ¡Son luces maquiavélicas que las tiranías modernas consienten para utilizarlas en sus viles propósitos!

¡Pobre soldado! Tú, que cediendo á la fuerza despiadada te dejas arrancar del hogar con sus delicias, y quizá del objeto de tus conyugales amores; tú, que en desertarte cedas al instinto á que cede el pájaro cuando, al utilizar un descuido de su señor, se lanza desde la jaula al aire en busca de libertades; tú, que á tan noble y natural impulso rindiéndote huyes del cuartel (presidio ayer de durezas) y vuelas á la familia, te ves con

diligentes pesquisas requisitorio, y al capturarle, como al peor de los criminales te tratan y te condenan. ¡Invoca la *servidumbre* del siglo xi, que es mejor que la *libertad civil* de ahora!

El art. 24 dice así: «Si algun hombre *matare á otro* y pudiere huir de la ciudad ó de su casa, y no le pudieren prender hasta el noveno dia, *venga despues seguro á su casa*, guárdese despues de sus enemigos y no peche por el homicidio que hizo ni á sayon ni á ningun otro hombre. Si prenderlo pudieren dentro de los ocho dias y tuviere con que pagar el homicidio, páguelo entero, y si no tuviere para pagarle todo, el sayon y su señor tomen la mitad de todo su *haber mueble*, y la otra mitad, y las casas, y las heredades, guárdense íntegramente para su mujer y sus hijos, y si no tuviere hijos, para el más cercano de sus deudos.»

¡Comparad, legistas modernos, comparad la lenidad de esa doctrina con la bárbara crueldad de los códigos que hoy rigen en materia de penalidades por delito ó por crimen!

Unas veces exportais; otras pedís la extradición, y siempre castigais con severidad á esos infelices que, al al predicar la justicia y la verdad, condenan á los tiranos, *nuestros protectores*, y alientan á los pueblos á la lucha de la redención santa. ¡Sois los *fariseos* de los modernos *Mesias*!

Al *bandido* (asesino y ladrón); al *duelista*, asesino de pergaminos y de levita; al *porrista*, asesino comprado, los indultais, pese á todos los códigos, porque, ú os enriquecen con el oro de sus robos, ú os encumbran con el prestigio de sus cunas ó de sus posiciones oficiales, ú os sirven con sus dagas y sus trabucos para quitar del medio á cuantas almas nobles y heroicas hacen estorbo y afrenta á vuestras infames demasías.

Jamás registra la historia más indultos de *canallas*, ni presidios más largos y crueles, ni ejecuciones más bárbaras que las que se hacen hoy contra los más *honrados*.

Beben en la taberna dos *pobres diablos*; como vosotros los motejais con sarcasmo; rudos de inteligencia, y un tanto ebrios, se provocan: aquí hay *reto*. Salen á luchar; aquí hay *duelo* lamentable. Se hieren, ó se matan, y presidio ó patíbulo seguros para el que se libró de entre ellos. ¿Por qué? *Por que gastan blusa*; porque son *bajo pueblo*. A ser de levita y de alcurnia el vencedor, ni hubiera sido llamado ante los jueces. ¡Qué equidad judicial la de estos tiempos!

El fuero de Leon *da por abolida la horrible pena de muerte*: el fuero de Leon indulta al noveno dia: el fuero de Leon hace puramente *pecuniario* el castigo del homicida, habido dentro del octavo; el fuero de Leon mata el embargo de plena confiscación, y condenando á pagar con la mitad del mobiliario, de la otra mitad, y de todo lo afincado, hace reserva á favor de esposas, de hijos ó de propinquos; el fuero de Leon anatematiza el patíbulo con todos sus sanguinarios horrores; el fuero de Leon escuda la inocencia de las mujeres y de las proles, que bastante desgracia tienen con la *afrenta* de serlo de un asesino.

No queremos que el delito, que el crimen queden impunes; eso sería arrojar al perro-fiera aquel pan de la

fábula, en sangre humana saturado; pero queremos que las penas pecuniarias sean moderadas; que las efictivas lo sean tambien.

Esos calabozos hediondos y tenebrosos; ese cargar de esposas y de cadenas; esas pajas sucias sobre el húmedo y duro suelo, arrojadas para servirles de lecho; ese alimento menguado y pésimo en calidad; esa ferocidad alcaidesca, lejos de ser correctivo al extravío del momento ó á los afechos de la criminalidad, son su más bárbaro funestísimo incitante.

Colocados en estancias ventiladas y seguras: alimentados y tratados como á hombres y no como á alimañas; mandad á conversar con ellos los primeros filósofos y oradores; ponedlos en roce constante con todas las eminencias del talento y de la virtud; dadles ocupacion honesta y proporcionada, y sin exterminar res de fieras! y sin gastar apenas, lograréis el que, hombres que ayer gangrenados y pestilentes debieron ser privados de la vida civil! vuelvan á ella convertidos en otros tantos modelos de honradez laboriosa. Corrigiendo así puede haber Magdalenas y Saulos; castigando con ferocidad *habrá tigres sobre tigres*, y matando, *sangre*, tan solo que horripile y endurezca! Con la frecuencia de lo sangriento no destileis gota á gota la preciosa esencia de la sensibilidad humana! ¡A fuerza de contemplar victimas se gasta y barbariza al hombre! ¡Ejemplo teneis en esos *guerreros veteranos* insensibles á la matanza y estragos!

Nunca los crímenes y delitos han sido más horribles y frecuentes que cuando los códigos han estado más duros y más sanguinarios los jueces. En la España de *ayer* teneis la repugnante prueba de ese verdad tristísima. Registrad al efecto los anales de una Audiencia; los de la de Valladolid, por ejemplo.

El fuero de Leon hablando (y así lo creemos) del homicida *ab irato*, del asesino sin deliberacion ni tendencias por indole, le perdona casi. Es benigno en extremo; pero sin aceptarle del todo, preferiremos *siempre* ese exceso de piedad al de la fiera judicial de que se ha hecho y se hace alarde contra los desgraciados que hoy ese crimen cometen.

¡Carvajal! ¡Guillen! ¡Fuisteis ejecutados sin ser asesinos, y la ejecucion vuestra (que al cielo clama) fué un verdadero asesinato á traicion de parte de los que fueron vuestros jueces alevosos y ejecutores infames!

Leon concediendo el refugio é indultando al asesino, que por un *motu primo* lo fué; Leon salvando los intereses de la inocente familia ó parentela, jamás se hubiera cebado (en *aquel siglo*) en el propagandista político, en el ciudadano de opinion, en el soldado que deserta; Leon no hubiera perdonado á bandidos ricos, ni á matachines comprados por los políticos en poder, ni á duelistas *decentes*; Leon para todos esos canallas hubiera sido *piadosa*, sin dejar

de ser *justa*, y á los apóstolos y á sus prosélitos no los hubiera molestado nunca. ¿Y por qué la Leon de hoy no ha de esforzarse en ser la Leon de la historia? Reivindique *mañana* sus fueros; luche enérgica contra todo obstáculo de tiranía, y será digna de su ayer; y los buenos y los honrados todos en masa viciéndola, seremos heroicos en su ayuda!

Leonese: Esta es *la voz* de vuestra honra peculiar, y de la justicia y de la libertad de la patria. ¡Escuchadla, y denodados y sin tregua lanzaos por la senda de la reivindicacion, que con toda nobleza y buena fe *ella* os traza!

Cuenca y Mayo de 1872.—FRANCISCO RUIZ DE LA PEÑA.

LAS QUINTAS.

(Conclusion).

«Art. 1.º El que blasfemare será castigado por primera vez con ponerle á mordaza dos horas por la mañana y dos por la tarde en ocho días seguidos, ántandole á un poste; y si reincidiere, se le atravesará irremisiblemente la lengua con un hierro candente precediendo consejo de guerra.»

«Art. 3.º El que robe cualquier vaso sagrado será ahorcado y descuartizado, y si fuese con profanacion, será quemado.»

«Art. 4.º El que hurtare alguna imagen será ahorcado.»

«Art. 16. Todo el que maltreatare de obra á cualquier oficial, aunque fuese porque este lo haya maltratado, se le cortará la mano y despues será ahorcado.»

Y otros mil que se encuentran en desuso pero que no están derogados, y por consiguiente si fuera necesario y hubiera valor para ello se volverian á imponer tan horribles castigos.

La monarquía es la causante de que tengamos quintas todos los años y de que haya ejércitos numerosos; pues bien, trocando la monarquía por la República federal habremos conseguido quitar de España esas dos plagas que la consumen y empobrecen.

¡Madres carinosas, hijos de veinte años; si con derribar ó abolir dos instituciones que han causado la desgracia á nuestra patria constituimos su felicidad y la de sus individuos, no nos detengamos en plantear aquella que dé á los pobres los terrenos baldíos para que desaparezcan esos inmensos despojalados, que nos dé sosiego, paz, orden, moralidad, derechos, justicia y cuanto constituye una buena forma de gobierno eminentemente liberal, cual es una República democrática federal.

Hemos visto que manteniendo la monarquía sus palacios mantienen las quintas, que nos roban á nuestra familia y á la agricultura, y veremos con una República todo lo contrario;



MONUMENTO DEL DOS DE MAYO.

¿debemos dejarnos arrebatar por las leyes monárquicas? Jamás.

Lo que debemos de hacer todos, niños y mujeres, jóvenes y viejos, es declarar que la juventud fué criada por el Sér Supremo para mejores fines; que no queremos la vagancia cuando con el trabajo rendimos un justo tributo, y si no quedasen satisfechos, digámosles que son la hora para que la humanidad entera defienda sus derechos aunque sea á costa de cuantiosos sacrificios.

Repitámosle que sonó la hora, y digámosle por último cómo sabe responder el pueblo heroico del Dos de Mayo.

Acudamos al campo con las armas que creamos más eficaces para nuestra defensa, y con el grito de *independencia y libertad* conseguiremos cuanto la mayor parte del pueblo español desea.

Tened presente, madres queridas, que el primer domingo de Mayo se acerca; no tembleis y mostráros serenas, al mismo tiempo que fortaleceis á vuestro querido hijo para que nunca le roben de vuestro lado.

Y vosotros, juventud española, ya sabéis que sonó la hora y que el día terrible se acerca; estemos preparados para ese gran día; no tengamos miedo de que nuestra sangre, la sangre de nuestros padres, se derrame y corra cual arroyos por todos los campos de España.

Esa sangre vertida, producirá sobre la humanidad entera el efecto del bálsamo sobre las heridas; con ella veremos aparecer cual los rayos del sol el lema sacrosanto de libertad, igualdad y fraternidad.

Así, pues, desgraciada juventud, gritemos todos á una: ¡Independencia española!

¡Abajo las quintas!

Y ¡viva la República democrática federal!

LUIS HERNANDEZ Y HERRERO.

HONOR Y GLORIA

Á LOS

MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

Y Á LOS HÉROES DEL CALLAO.

El Dos de Mayo de 1808.

Oigo patria tu aflicción
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto
la campana y el cañón;
sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron,
¡á tí, á quien siempre temieron
porque tu gloria admiraron;
á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;

á tí, soberbia matrona,
que libre de extraño yugo
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona...

Do quiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!

Tembló el Orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria,
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo
ni en los ámbitos del mundo
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu seno virginal
no arraigan extraños fueros...
pues indómitos y fieros
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aun hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto.
¡Espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre...!
Sin que el recuerdo me asombre
con ansia abríré la historia:
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la gloria á coro
oírán el himno soporo
de tus recuerdos de gloria.

Aquel génio de ambición
que en su delirio profundo,
cantando guerra hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansiando á España regir;
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra,
y cuando en hispana tierra

pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron,
gritando: ¡Venganza y guerra...!

La virgen con pátrio ardor
ansiosa salta del lecho;
el niño hebe en el pecho
odio á muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere;
tu madre te vengará...!»

Y suenan patrias canciones
cantando santos deberes,
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones;
al pié de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañon retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
en la tumba descansad
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que hasta que España sucumba
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Á los heroes de la independencia española.

¡Osada inspiración! Sobre mi frente,
cuál ángel vengador posa sus alas,
trocando en fuego hirviente
mi sentir apacible.
¡Osada inspiración! Dáme tus galas,
y el canto de mi libre fantasía
revelará el leon que en su fiera
pudo humillar un día,
modelo fiel de indomita arrogancia...
las águilas altivas de la Francia.

¿Qué se hicieron los bravos campeones
de aquella edad gloriosa?
Esa generación que ya reposa
sobre rojos laureles,
¡murió con su valor y su hidalguía?
Los hijos de DAOZ y de VILARDE,
¿no heredaron de aquellos la bravura?
¡Mueren el dictierio del cobarde,
cuando ardiente fulgura
el astro luminoso del Derecho?
¿Del español no cabe ya en el pecho
esa divina esencia

que eleva la conciencia
y al esclavo redime?
El corazon del pueblo, ¿no se oprimió
viendo rota su santa independencia?

La España inmemorial de nuestros padres
es nuestra grande España,
que digna de su historia y su renombre,
rechaza las tutelas vergonzosas
que entre mengua y baldon, y dolo y añia,
pretenden imponerla los protervos
que escarnecen el nombre
de aquilas hecatombes portentosas.
Pero el leon dormita;
y presa de terrible calentura,
presiente la locura
de la inmoble familia que, precita,
destroza nuestro honor en mil girones
y empaña de Castilla los blasones.

—Vosotros, que ofrecisteis á la patria
la pura sangre de preciosas vidas,
¡dormid en paz el sueño de la muerte!
De la fúnebre losa desprendidas
las gloriosas coronas que la ornaban,
esta noble nacion llora su suerte,
y en parasismo horrible
hasta vosotros su sentir eleva.
Los que vuestras hazañas admiraban
con traicion increíble
pretenden relegaros al olvido,
y hasta insultar, hollando vuestra fosa,
vuestro valor en bronce esculpido.

Dentro del corazon del pueblo ibero
grabado está vuestro glorioso nombre.
El derecho del hombre,
el pueblo de los pueblos el primero
pretende conquistar, y en su porfia
sabrà reconcentrarse en su energia.
Y al tocar de la dicha el horizonte
donde el astro del bien igneo fulgura,
atendiendo les! á su conciencia
como la lumbre, pura,
de traicion exorcando el vil delito,
éste será su poderoso grito:
JUSTICIA, LIBERTAD, INDEPENDENCIA!

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

El Dos de Mayo.

ODA.

¡España!... ¿De tu sueño triste, España,
no habrás de despertar solo un momento?
¿Serán tus sinasabores tan prolifos,
que olvidarás posar una corona
en ese monumento,
que regado con sangre de tus hijos,
tu sacrosanta independencia abona?
No. Tú despertarás, que no es tu sueño
el vil letargo del cobarde esclavo;
tu calma es esa calma que precede
en plácido beleno
al terrible huracan, ante que cede
del duro roble el corpulento leño,

Si, tú despertarás. Y cuando un día vuelvas á alzar tu immaculada frente sin que el rubor la cubra torpemente ni manche tu esplendor la tiranía, tú correrás al templo de tu gloria, tú correrás ante ese monumento, página augusta de tu noble historia, que tan preclaros timbres eslabona, y olvidando en su altar viejos enojos regarás el laurel de tu corona con las lágrimas tristes de tus ojos. Y entonces, no el rencor tu noble seno agitará en tristísimos latidos; tu corazón de mansedumbre lleno, con el mismo laurel, entre tus brazos sabrá unir vencedores y vencidos en amorosos y eternos lazos.

Nuncio de aquesta unión mi canto sea y plegue al alto cielo que pronto, pronto en amoroso anhelo pueblo francés y pueblo castellano, ya sin rencor, asidos de la mano, el mundo entero ante esa tumba os vea.

En tanto, noble España, sacude un breve instante tu letargo, y mientras llega el día en que quebrante tu indomable saña los hierros de la infame tiranía, ven á ese monumento do reposan los héroes de tu santa independencia; ven, invencible y sin igual matrona, y posa ante ese altar, ya sin enojos, nuncio de paz, en vez de una corona una lágrima triste de tus ojos.

2 Mayo 1863.

ANGEL R. DE CHAVES.

ROMA.

Si anhelantes de saber qué fuera en los pasados tiempos la ciudad que nos ocupa apelamos á la historia, veremos en sus páginas que Roma era la más hermosa ciudad del mundo; la ciudad por *excelencia*, como la llamaban los autores.

Difícil es que vuelva á verse una capital semejante á Roma en tiempos del emperador Trajano, ni tampoco es desear que así acontezca, puesto que para crear aquella maravilla fué necesario que el estandarte romano ondulase hasta en los últimos límites del universo conocido, y esclavizar á cien naciones por el derecho de conquista.

La extensión de superficie que encerraban los muros de Roma se prolongaba en tiempos del emperador Constantino en un radio de quince leguas. El casco de la ciudad se dividía en catorce cuarteles: había ocho puentes sobre el Tiber, veintiseis mercados, quince termas (1) para los hombres, once para las mujeres, setecientos veintiseis baños públicos, trece basílicas, ciento cincuenta y seis templos, veintinueve bibliotecas públicas, cuarenta y ocho obeliscos, veinticuatro caballos de

bronce dorado en otras tantas plazas, noventa y cuatro caballos de marfil, treinta y seis arcos de triunfo y veinticuatro mil establecimientos comerciales. Todo este gran espacio era para 4.000.000 de ciudadanos que le poblaban.

Mas en medio tan portentosa maravilla, de tanto auge é inmenso poderío, las pasiones agitadas ejercían su tóxica influencia en aquellos seres hasta tal extremo, que metamorfosearon, de fuertes é intrépidos guerreros, en débiles y afeminados varones: así es que los enemigos de Roma, favorecidos por tal estado de cosas, cayeron sobre la hermosa ciudad, y bien pronto las huestes de Alarico, Attila, Genserico, Tontila, y por último Belisario y Narcés, destruyeron con el afilado acero y la tea incendiaria á la soberana del mundo y á sus corrompidos miembros. Este fué pues el trágico fin de la capital de la Hisperia, como la llamaban los griegos; desenalace funesto que deberían conservar en su mente con letras indelebles las naciones cultas, como lúgubre modelo que en pos de sí trae el desenfreno de las pasiones.

Mil años despues se levantó la Roma moderna sobre las ruinas de la antigua, y desde este tiempo no solo la eligieron los Papas para lugar de su residencia, sino que usurparon el territorio, dándole el nombre de *Estados Pontificios*.

Tal vez la palabra *usurparon* produzca en los católicos romanos el efecto de una descarga eléctrica, y armados de la ira que por lo general les caracteriza, prurman en imprecaciones contra nosotros; mas si no dejanose arrastrar por tan abominable pasión serenan su ánimo, oigan el relato fiel de la historia y quedarán intimamente convencidos que la posesión de los *Estados Pontificios*, ó sea el *poder temporal* de los Papas, es una *usurpación*.

Hé aquí la historia: «El pueblo romano, no queriéndose someter á los griegos y lombardos, pensó declararse independiente, y para conseguir su objeto acordó acogerse al jefe de la Iglesia, para que por mediación de este una nación poderosa interviniese en sus asuntos. En efecto, los francos (hoy franceses) eran por entonces la nación más poderosa; así es que los Papas no vacilaron en acudir presurosos á dicha nación. Esteban II pasó á Francia, *consagró* (?) á Pipino como rey de los francos, y lo hizo patricio de Roma y protector oficial (?) de la Santa S. de. Pipino pasó su ejército á Italia, venció á su rey Astolfo y le obligó á entregar la Pentápolis, ó sea las ciudades que hoy constituyen los Estados Pontificios.»

Asaz creemos lo expuesto para corroborar nuestro aserto, y más aun puesto que no nos hemos llevado de ideas ó razonamientos de tal ó cual sistema filosófico; tan solo si por el testimonio de los hombres que, legándolo á las generaciones futuras, constituyen la tradición, que es la Historia.

¿Mas por ventura en los futuros siglos habían de mostrarse satisfechos los Papas con la posesión de un territorio, que no *Jesucristo*, sino el capricho de un rey supersticioso les donara? No: el siglo XIX, llamado por el evento á ser espectador de grandes descubrimientos, de bellas ideas que con sus fulgores tornarán en hermoso día la tenebrosa noche que há luengos siglos envuelve con su tupido manto á la vieja Europa; el si-

(1) Baños calientes.

glo XIX, en medio de grandiosos espectáculos, ha presenciado también la pantomima titulada «Infalibilidad de Pio IX,» la síntesis de cuantos absurdos religiosos quedaban por ver a los hombres pensadores.

El ánimo se subleva solo al considerar que un *hom-bre*, á quien la intriga eleva al sólo pontificio, se diga elegido por Dios y representante del mismo en la tierra, con la añadidura de infalible: *primum teneatis, amici?*

El frac-mason Pio IX, el que un día jurara solemnemente hacer bien á la humanidad, es su más encarnizado enemigo, pretendiendo vanamente imponerse á esta con el *bú* de sus excomuniones, de cuyos efectos está íntimamente convencido son los mismos que si arrojase piedras al sol.

Pero, ¿qué decimos? ¿No existen hechos en la historia los cuales demuestran de una manera *concluyente* la infalibilidad de los romanos pontífices? Tenemos á Juan XII, elegido á los 18 años, que convirtió el palacio de San Juan de Letran en una casa de prostitución: tenemos á Benedicto IX, que *compró* la tiara pontificia, y cansado de ser Papa, *vendió* dicho puesto á Gregorio VI, haciendo por estos actos el papel de comerciante: tenemos, por último, al incestuoso con su misma hija, Alejandro VI, *padre* de los célebres César y Lucrecia Borgia. Hechos como los precedentes no necesitan comentarios.

Por otra parte, la depravación es tal en Roma que el más ferviente católico duda si la visita. Roma, cabeza del catolicismo, es también la primera en tributar homenaje al fraude; sus sacerdotes son ignorantes, sus doncellas sin honor, sus varones infractores de la fe conyugal, sus mujeres llenas de falacia; en Roma se venden los favores del Papa, se venden los dogmas de Cristo, se vende la piedad; por último, se vende todo lo ilícito. Este es el fiel retrato de la romana gente; la ciudad sin ley de Dios, la ciudad sin ley de los hombres.

En vista, pues, de este relato, en el que nos parece haber demostrado que la elección de los Papas por Dios es un mito, su poder temporal una usurpación y su infalibilidad un absurdo, fácilmente deduciremos que la religión católica, aceptable solo en su parte *moral*, es detestable por sus absurdos misterios, que solo tienen cabida en los desgraciados seres que por patrimonio tienen la ignorancia, no en los que en la nave de la ciencia solo tienen por brújula la razón.

Pueblos, despojaos de la superstición, que es el veneno mortífero que emponzoña vuestro organismo; no os afiléis bajo ninguna bandera religiosa de las muchas que se agitan en la vasta superficie de nuestro globo, que todo en ellas es idolatría y monopolio; sea vuestro templo y vuestra religión la conciencia perfeccionada por la educación; anteponed esta idea á la política, y vereis como por deducción lógica llegáis á ver realizado el *ideal* que está llamado á regenerar la sociedad universal, eliminando de su seno á los miembros corrompidos que la saquean y esclavizan.

MANUEL ROMAY.

CUESTIONES CIENTIFICO-SOCIALES.

HIGIENE DEL PUEBLO.

IV.

Para descubrir el origen de la higiene no necesitamos remontarnos á la creación del mundo.

Basta saber que era conocida en los primeros tiempos como lo eran en general todas las ciencias capaces de contribuir al bienestar del hombre.

La idea instintiva en la humanidad de evitar los males que pueden ser destruidos, fué indudablemente la causa ocasional que hiciera nacer con el mundo la ciencia que nos ocupa.

El hombre ha sido siempre esclavo de sus pasiones; se ha visto de continuo amenazado y combatido por el dolor; ha sentido necesidades harto imperfectas; y siendo esto así, claro es que su instinto de conservación, que su apego á la vida, le han hecho buscar con avidez cuanto pudiera serle provechoso empleando todo su ingenio en apartarse de lo nocivo, de lo perjudicial.

Tanto el primer hombre como nosotros; lo mismo en una que en todas las épocas de nuestra vida, sobre la naturaleza humana gravitan inmensos peligros que amenazan destruir nuestra frágil existencia si con fuerte mano no las conjuramos desde su principio.

Las primeras sociedades fueron poco numerosas; los hombres pasaban su vida en la inocencia y sencillez; alimentos, vestidos, una cabaña y una mujer en la edad adulta eran sus necesidades esenciales.

Pero á proporción que ha aumentado la especie humana; á medida que la sociedad, extendiendo el círculo de sus necesidades, ha dado más energía á sus pasiones y producido otras desconocidas del hombre primitivo; la natural, la lógica robustez de los antiguos se ha trocado en germen de enfermedades para nosotros, que cada paso nos vemos seducidos por el vicio y á cada paso relajamos de algun modo los endebles vínculos de nuestra vida.

Esta circunstancia, esta condicion triste, pero irremediable de nuestro organismo, ha valido y vale á los doctores de la Iglesia para increparnos sin compasión, para fomentar la torpeza del vulgo y fanatizar á los timoratos, olvidando tal vez que podríamos fulminar severos cargos contra el Creador si, una vez admitido el principio de que si los primeros hombres eran sanos por sus creencias y virtudes, fuésemos estableciendo comparaciones entre el salvaje y el hombre de la capital, entre el obrero de la fuerza y el de la ciencia, entre el pobre y el rico, entre el creyente y el incrédulo.

No depende manifiestamente de esto. Los primeros orbícolas, los pobladores primeros de la tierra no conocían en aquellos tiempos la irregularidad é inclemencia de las estaciones, fuente fecunda de enfermedades. El globo terrestre gravitaba entonces igualmente en sus dos hemisferios, y estando el eje del ecuador en perpetuo paralelo con el plan de la eclíptica, no habia, propiamente hablando, más que una estación, la primavera.

Las revoluciones que despues de esta edad de oro [ha

experimentado el globo, las erupciones volcánicas, el incremento de las aguas y las tradiciones de diferentes pueblos, han cambiado por completo la faz de la tierra y levantado en algún modo un mundo nuevo sobre las ruinas de uno antiguo.

Sucede á la desigualdad la irregularidad de las estaciones, principio de enfermedades numerosas é inevitables; se hacen más frecuentes ciertos meteoros; mudan enteramente las constituciones de los años, y al compás de la humedad y del frío las enfermedades crónicas se hacen más comunes, y en la escena patológica ó morbosa aparecen las afecciones estacionales, que ocasionan desgraciadamente centenares de defunciones.

Hay otra verdad tan cierta, tan evidente, para explicar la degeneración del organismo físico, y es que la civilización, afinando al hombre, por decirlo así, le ha hecho comprar esta incomparable ventaja por una multitud de males que no conocían nuestros primeros padres, ni ha llegado aun á los salvajes.

A esto y solo á esto se debe que hoy no alcancemos la longevidad de nuestros antepasados, y cuanto digan en contrario las levíticas tribus, la familia sacerdotal, debe ser respetado como fruto de su inventiva, y como efecto de la causa á cuya defensa consagran su existencia.

Tratado sucintamente el origen de la higiene, hablemos algo de sus ciencias auxiliares.

V.

Para romper con las preocupaciones que le imprimieran los siglos supersticiosos por que ha tenido que atravesar hasta llegar á nosotros, la higiene ha necesitado del concurso de todas las ciencias, y muy especialmente de la química y la fisiología.

Liebig, el eminente químico de Giesseu, dice que es tan completa la fusión de la física y la química, que es imposible establecer entre ellas una línea de demarcación rigorosa, como lo es también establecer diferencias entre la química y la ciencia de la vida (fisiología ó biología).

Vemos, pues, que la higiene se funda esencialmente en dos grandes ciencias, y por tanto su estudio será provechoso á todos, pertenezcan ó no á la ciencia de curar.

Los hombres encargados del destino de las naciones han comprendido de tal modo semejante verdad, que emplean gran parte de sus fuerzas en mejorar la suerte de sus conciudadanos por algunos, ya que no por todos los medios que les recomienda la clase médica en general.

Tal vez á esta circunstancia sea debida la notable diferencia que existe entre el término medio de la vida del hombre en los siglos XVII y XVIII y en el nuestro, como también que los discípulos de las escuelas de medicina escapen hoy de la fiebre hospitalaria que tanto se cebaba no hace mucho tiempo en los estudiantes de esta facultad.

En los dos últimos siglos, la vida del hombre era por término medio de treinta y tres y medio años, al paso que hoy este término medio se halla en los treinta y siete, relación favorable que habla muy alto en pró de

la higiene y de los hombres encargados del planteamiento de sus principios.

Persuadidos los antiguos de que la gente rústica é ignorante no admite lo que deja de explicarse á menos que no esté envuelto con el misticismo religioso que tan bien se ha explotado y se explota, fingen los legisladores haber sido inspirados por el Creador y enseñan á sus pueblos sábios preceptos que no eran otra cosa que leyes higiénicas aplicables á los diferentes climas de la costra térrica.

El *Sastha* de los indios ordenando que en aquellos ardientes climas solo se hiciera uso del régimen vegetal, con absoluta prohibición de las carnes; las lociones abluciones y baños de los hebreos; los ejercicios corporales de los griegos y la abstención de la carne de cerdo entre los musulmanes son otros tantos dogmas de higiene, ora inculcados en el ánimo del pueblo bajo el manto de la religión, por Moisés y Mahoma, ora apoyándolos en la salud de la patria, como hizo Licurgo, ora en ambas cosas á la vez.

Para nosotros, pues, esa gran figura que aparece al frente del pueblo hebreo, ese sábio legislador del Sinaí, Moisés, en fin, no es un sér divino, como refieren las Escrituras, aprobaciendo así sus facultades intelectuales tan admirablemente desarrolladas, sino un verdadero génio de aquella época, un hombre superior á su siglo, que comprendió el partido que podía sacarse de la higiene y trató de hacerle comprender á los demás.

En resumen, desde la antigüedad más remota se vislumbra en el hombre cierta disposición á admitir lo sobrenatural, disposición que fomentaron y explotaron los primeros sacerdotes, asociando la higiene á los ritos religiosos para asegurarse un absoluto imperio sobre el pueblo bárbaro, y que del mismo modo aprovechó Moisés llevando á los desiertos de la Arabia, juntamente con su pueblo, todos los conocimientos científicos que poseían los egipcios y que él había adquirido en su esmerada educación.

J. LOPEZ OGAÑA.

(Se continuará.)

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Conclusion.)

Al fin ví á mi tío cabalgando en *Rappel*. Al pronto me costó trabajo reconocerle, porque llevaba un gran sombrero republicano, levita con vivos rojos y sable de caballería con vaina de acero. Esto le cambiaba de un modo asombroso; pero á pesar de todo le reconocí, lo mismo que á la señora Teresa en su carro, con el mismo sombrero y la misma corbata que llevaba el primer día que la ví: sus mejillas estaban encarnadas y

le brillaban mucho los ojos; mi tío cabalgaba á su lado hablándola.

También reconocí á Juanito, á quien solamente había visto una vez: venía con las baquetas en el baquetero, los brazos cubiertos de galones y el sable golpeándole las piernas. Y al comandante y al sargento Laféche, y al capitán que guió al granero y á todos los soldados, sí, á casi todos los reconocía y me parecía estar en medio de una familia; también me entusiasmaba ver la bandera enfundada.

Hans Aden y Frantz Sepel habían encontrado ya compañeros; yo corría en medio de todos, y ya estaba á treinta pasos del carro é iba á gritar: «¡Tíot! ¡Tíot!» cuando se inclinó la señora Teresa y dijo con alegre acento:

—¡Aquí está Escipión!

En el mismo momento el perro, que había dejado olvidado en casa, anhelante y cubierto de barro saltó al carruaje.

Juanito gritó en seguida:

—¡Escipión!

Y el buen animal, despues de pasar dos ó tres veces sus largos bigotes por las mejillas de la señora Teresa, se lanzó al suelo y comenzó á saltar alrededor de Juanito, ladrando, gritando y haciendo locuras.

Todo el batallón le llamaba:

—¡Escipion, aquí!... ¡Escipion!... ¡Escipion!

Mi tío acababa de verme y me tendía los brazos desde el caballo. Acerquémeme, me cogí á su pierna, me levanté y me abrazó; vi que lloraba y esto me enterneció. En seguida me pasó á la señora Teresa, que me colocó en el carro, diciéndome:

—¡Buenos días, Fritz!

Parecía muy contenta y me besaba con lágrimas en los ojos.

Casi en el mismo momento llegaron el muser y Koffel, dando apretones de mano á mi tío; despues otras personas del pueblo, mezclándose con los soldados que entregaban á los hombres los morrales y fusiles para que los llevasen en triunfo y que gritaban á las mujeres:

—¡Eh, abuela...! ¡Rubita...! ¡por aquí, por aquí!

Aquella era verdadera confusion; todo el mundo fraternizaba; entre todos, los más felices éramos Juanito y yo.

—Abraza á Juanito, exclamaba mi tío.

—Abraza á Fritz, decía á su hermano la señora Teresa.

Y nos abrazábamos, mirándonos asombrados.

—Me agrada mucho, dijo Juanito; parece buen muchacho.

—Tú me agrada también, contesté yo muy orgulloso por hablar francés.

Y caminábamos cogidos del brazo, mientras mi tío y la señora Teresa se miraban sonriendo.

El comandante me tendió también la mano, diciendo:

¡Eh! doctor Wagner, aquí tenéis á vuestro defensor.—

—¡Sigues bien, valiente?

—Bien, comandante.

—¡Me alegro!

De esta manera llegamos á las primeras casas del pueblo. Allí se detuvieron los soldados para formar.

Juanito se colgó el tambor, y cuando el comandante gritó: «¡Marchen!» redobó como los demás de la banda.

Bajamos la calle Mayor, marcando todos el paso y maravillados con aquella magnífica entrada. Los viejos y viejas que no habían podido salir estaban en las ventanas y señalaban á mi tío Jacob, que marchaba con dignidad detrás del comandante entre los dos ayudantes. El viejo Schmitt estaba de pie delante de su casa; erguíase mucho y nos miraba desfilar con brillante mirada.

En la plaza de la fuente gritó el comandante:

—«¡Altos!» Formaron pabellones, y todos se dispersaron á derecha é izquierda; cada vecino quería llevarse un soldado, y todos querían gozar del triunfo de la República una é indivisible; pero aquellos alegres franceses seguían con preferencia á las muchachas bonitas.

El comandante vino á casa. La vieja Lisbeth estaba ya en la puerta, y al vernos, levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Ah! ¡señora Teresa...! ¡ah! señor doctor...!

Allí hubo nuevos gritos de alegría, nuevos abrazos. En seguida entramos, y comenzó el festín de jamones, tortas y torreznos, rociado con vino blanco y viejo borgoña. Koffel, el muser, el comandante, la señora Teresa, Juanito y yo rodeábamos la mesa, y ya se comprendía con cuánto apetito y satisfacción despacharíamos los platos.

Todo el día permaneció en el pueblo el primer batallón; en seguida tuvo que continuar la marcha, porque sus cuarteles de invierno estaban en Hachmatt á menos de dos leguas de Anstatt. Mi tío se quedó en casa; quitóse el sable y el sombrero; pero desde entonces hasta la primavera no dejó un solo día de ir á Hachmatt; no pensaba más que en Hachmatt.

¿Qué más diré? En la primavera, cuando comienza á cantar la alondra, supose que el primer batallón iba á partir para la Vendée. Mi tío palideció, corrió á la cuadra y montó en Rappel, partiendo á galope con la cabeza descubierta, pues se le olvidó el sombrero.

¿Qué pasó en Hachmatt? No lo sé; pero lo cierto es que al día siguiente volvió mi tío, más orgulloso que un rey, con la señora Teresa y Juanito; que hubo boda en casa, abrazos y regocijo. Ocho días despues vino el comandante Duchéne con todos los capitanes del batallón. Aquel día hubo fiestas más espléndidas. La señora Teresa y mi tío fueron á la alcaldía, seguidos de numeroso cortejo de alegres convidados. El muser, nombrado alcalde popular, nos esperaba, ceñida la faja tricolor. Escribió los nombres de mi tío y de la señora Teresa en el registro, y desde entonces Juanito tuvo un padre y yo una buena madre, que no puedo recordar sin verter lágrimas.

Muchas cosas podría referir aun; pero las dejaremos para otra ocasión. Si Dios lo permite, algún día continuaremos esta historia, que concluye, como tantas otras, por cabellos blancos y el último adios de los que más amamos en el mundo.

FIN.



EL GRITO DE INDEPENDENCIA.—Cuadro del Sr. Sanz.

REVISTA GENERAL.

De intento hemos retardado la publicacion del presente número, deseosos de poder dar á nuestros lectores las últimas y más verídicas noticias que corren por los círculos políticos.

El partido carlista ha sido y es el único partido que, sintiendo latir en su pecho un corazón verdaderamente español, se ha lanzado á los campos á protestar contra la horrible situación por que atraviesa nuestra desdichada patria, víctima de señores extranjeros y de ministros sin pudor.

Y que el alzamiento carlista es grande, es poderoso, es verdaderamente formidable, lo prueban las siguientes líneas que copiamos del diario unionista *La Política*:

«Navarra está sublevada en masa, hasta el punto de que todos los hombres útiles han tomado las armas, y las columnas del ejército no encuentran en los pueblos más que mujeres, ancianos y niños. *Seis mil* hombres tienen casi sitiada á la heroica Bilbao y más de *cinco mil* facciosos se encuentran á las mismas puertas de Vitoria.»

Las noticias que nosotros hemos recibido de las provincias vasco-navarras, no solo confirman, sino que amplían extensamente las anteriores cifras: con efecto, Navarra entera se halla en armas; de Pamplona solamente han salido *mil* hombres á engrosar las facciones, y el número de carlistas en dichas provincias se hace subir á la enorme cifra de 30.000 hombres.

Y que gran parte, por no decir todas, de las noticias que publicamos son exactas, lo prueba el que el general Serrano, general en jefe del ejército del Norte, no cesa de pedir refuerzos y más refuerzos.

El gobierno, deseoso de borrar el efecto producido con la entrada de D. Carlos de Borbon, ha inventado un golpe de efecto, y magníficamente secundado por sus órganos asalariados, ha publicado un pomposo telegrama, según el cual la facción que mandaba D. Carlos había sido completamente derrotada por el general Moriones en el pueblo de *Oroquieta*, cogiéndoles 739 prisioneros, gran número de armas y caballos y produciendo la huida del Pretendiente.

La inmensa mayoría de los lectores de tan famoso parte no pudieron ménos de sonreír maliciosamente y ponerlo en *cuarentena*, como vulgarmente se dice, esperando mejores y más seguras noticias, las cuales no han tardado en circular, produciendo en los ministeriales el disgusto consiguiente, pues lo cierto es que ni D. Carlos estuvo en Oroquieta, ni su facción es la que se ha batido, ni ha habido tal victoria, ni tales hechos, sine un hecho por demás sencillo y natural; á saber: que un batallón carlista, fortificado en dicho pueblo, ha sabido detener á la columna de Moriones, causarle multitud de bajas y facilitar el movimiento de concentración hácia Vizcaya ordenado por D. Carlos.

De suerte que, mientras Moriones conducía presos á Pamplona á todos los habitantes de Oroquieta en calidad de prisioneros de guerra, D. Carlos, según de público se dice, se dirigía á Guernica á jurar los fueros, acto que, para nosotros, conocedores de aquel país, nos pare-

ce de mayor importancia que la mayor de las victorias, puesto que, si el hecho, como aseguran, es cierto, el legítimo rey para aquellos habitantes tan amantes y firmes sostenedores de sus fueros es D. Carlos de Borbon, gracias á las torpezas, á las arbitrariedades é injusticias de nuestros gobernantes.

La situación es por lo tanto gravísima; D. Amadeo se ha negado á firmar el ascenso á teniente general de Moriones, temeroso del ridículo que iba á correr; Serrano continúa pidiendo *dinero y refuerzos, más refuerzos*; D. Carlos es recibido en triunfo por sus partidarios; las facciones aumentan prodigiosamente, y el estado de agitación en las poblaciones republicanas aumenta de una manera terrible.

A consecuencia de graves disidencias con el gabinete entre los demás ministros y los Eres. Herrera y Zavala, los cuales se oponían á toda situación de fuerza, y con motivo de la actitud un tanto *serrana* del general Gándara, el ministerio ha presentado su dimisión, exigiendo á D. Amadeo que elija entre ellos ó el jefe de su cuarto, el cual parece será sacrificado, sustituyéndole el general Rey ó Rubin.

Se habla tambien de la llamada de Serrano y de un ministerio por él presidido, y no falta quien piense en reconciliaciones con los radicales.

Nosotros, á fuer de leales, declaramos que en la situación actual, arrojados por los de arriba, sin prestigio abajo y aborrecidos por sus más íntimos amigos, por los mismos quizás que todo se lo debían, á los radicales no les queda más solución ni otro camino que venir franca y resueltamente al campo de la revolución y de la República, que es el verdadero progreso; tal es su misión y tal su deber, si han de cumplir como buenos y honrados patriotas en las difíciles circunstancias por que atravesamos.

Se asegura que una vez constituido el Congreso, lo cual sucederá en esta semana, el gobierno planteará resueltamente la cuestión de fuerza, pidiendo autorización para llamar la segunda reserva (60.000 hombres), contratar un empréstito de 3.000 millones y suspender las garantías constitucionales.

Y aun se dirá después de tan graves medidas que el alzamiento toca á su término, cuando hasta el primer batallón del *Fijo de Ceuta* ha salido para el Norte, sin descansar apenas, y cuando nuevas y numerosas facciones aparecen por todas partes.

No terminaremos nuestra tarea sin felicitar cordialmente á nuestro querido amigo Galiana por su enérgica y digna actitud en la cuestión-Sagasta, y á los ciudadanos diputados que han abandonado ese recinto en que se pasean los *milagreros*, los *redentores* y los *Lazaros*.

LISBO.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.